

OTOÑADA

(En la ausencia de nuestro llorado D. ADELARDO COVARSÍ)

El genio de la «Otoñada»
va cabalgando en cometa.
Siete águiluchos de lumbre
por el camino le esperan.

Pálido, yerto y dormido
lo reciben las estrellas
y posan sobre su frente
un laurel y una violeta.

Los «Cazadores furtivos»
vomitan las escopetas,
lágrimas de los cartuchos
para ver si lo despiertan.

Pero el silencio de nieve
responde plumas y quejas,
y beben los remolinos
las golondrinas inquietas.

El Guadiana se ha clavado
como un puñal en la tierra,
y el sol herido de angustia
se arrodilla con su pena.

Nubes llevan de horizontes
en el pico las cigüeñas...
Campanas de bronce viento
mueven dos manos de cera.

Extremadura en un grito
se abre el pecho con las piedras,
y un ánfora de sollozos
entristece a la tristeza.

Portugal también le llora.
«Patrullas de la Serena»
gimen caminos de montes
a través de las tormentas.

Águilas de terciopelos
anidan en las veletas:
Recogen rocío y sangre
del vaso de los poetas.

Sienten frío los pinceles
en el alba de su ausencia,
y las tardes están mustias
y sin color la paleta.

¡Covarsí no ha muerto...!

Voces suenan por la tierra
que immortalizan su nombre.
Lo vemos en las estrellas
soñando...
Ciñen su frente serena
el armiño de la gloria
y un puñado de violetas.

De su pincel infinito
perlas de luces gotean.

¡Que el genio de la «Otoñada»
va en las crines de un cometa!
Siete «Águiluchos» de lumbre
por el camino le esperan.

L. ALVAREZ LENCERO

Covarsí, extremeño

Los que vivimos en provincias, o más concretamente en los pueblos, por nuestro infrecuente trato con el gran mundo, carecemos de ese signo que pretende ser de distinción y que tan pomposamente llaman «mundología».

Ello nos hace ser de un modo diferente y ver y sentir las cosas de manera distinta que los que alcanzaron aquel privilegio. Nosotros, modestos pueblerinos, mortificamos nuestros espíritus con la pena por hechos que si para los demás resultan intrascendentes por ese prurito de despreocupación que da el ser del gran mundo, para nosotros constituyen el desmoronamiento de todo un sistema de ideas en torno a figuras representativas de cualquiera manifestación de la vida nacional. Demostraremos que somos unos pusilánimes, cursis si queréis, pero es así.

Esto me ha sucedido con la muerte del ilustre pintor don Adelardo Covarsí.

Para todos los extremeños don Adelardo era—y sigue siéndolo ¿cómo no?—una gloria nacional. Su pintura, aunque recluida a los tipos y al paisaje de estas tierras, como Hermoso, ha recorrido triunfal todos los continentes, poniendo muy alto nuestro pabellón. Su último triunfo en la Exposición Nacional proclama también su alta calidad pictórica.

A su muerte imprevista, segada su vida en pleno triunfo, con la congoja que el hecho nos produjo, buscamos con avidez las páginas de los periódicos madrileños, esperando encontrar en sus necrológicas el dolor por la pérdida de figura tan representativa en el arte pictórico nacional. Pero con asombro de pueblerinos, notamos con decepción que junto a páginas enteras dedicadas a la cogida de un diestro taurino, desde su accidente en la plaza hasta recoger su respirar fatigoso al cerrar la edición, solamente cuatro líneas para dar la noticia de Covarsí.

Dentro de nuestra concepción pueblerina comprendemos que los diarios rotativos han de recoger en sus columnas con mayor amplitud aquellas noticias que más interesen a grandes núcleos de lectores y tengan carácter sensacionalista, porque de ellas depende su mayor difusión, o lo que es lo mismo, su mayor venta y aunque reconocemos que hay en España más aficionados a los toros y al fútbol que a la pintura, ello no es óbice para silenciar—que no es otra cosa que la dedicatoria de media docena de líneas—la pérdida de un ilustre pintor, que por la calidad de su obra, es reconocido mundialmente como una gloria nacional.

No pretendo entrar en el comentario que el hecho me sugiere, pero sí hay que reconocer el acendrado amor de Covarsí a su tierra

natal, sin querer salir de ella, lo hizo un provinciano ajeno a todas las alharacas cortesanas, era espíritu modesto, que es también elegancia de espíritu. Artista sincero en todo no se doblegó en sus principios y rehusó arrastrarse detrás de unos fantasmones que imbuídos en la supremacía del momento pasean su importancia por las calles de la Corte y rechazó todas las proposiciones de residencia en Madrid, por la satisfacción de vivir—y morir—entre sus paisanos. El sabía que su gesto le restaba la fama transitoria del personaje de moda, pero tenía la seguridad de su arte genial. El cariño a su patria chica, huidizo de ese mundo de «mundología» que es hipocresía y vanidad encubierta, le ha perjudicado a la hora de su muerte restándole la popularidad periodística que su arte magnífico merecía.

Covarsí, extremeño, era como nosotros: sano de alma, de afectos sinceros, sin malquerencias ruines ni halagos hipócritas; por eso su muerte, inadvertida para los demás, nosotros la lloramos con lágrimas vivas que han vertido nuestros ojos rojos por el llanto y la han sentido nuestros pechos atezados por el dolor. No te importe, maestro Adelardo. Tú eras nuestro en vida, porque no quisiste abandonarnos despreciando, inclusive, la popularidad, y eres nuestro en la muerte porque cada extremeño tenemos un hueco en nuestros pechos para conservar tu recuerdo. Después... el tiempo que es el que hace justicia tiene reservado a tu arte eximio el puesto que en la historia te corresponde.

ENRIQUE SANSINENA ARAGÜETE



DON GUTIERRE DE SOTOMAYOR

Por MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO

Primer volumen de la Colección de Estudios Extremeños (Sección de Historia), publicado por los Servicios Culturales de esta Excelentísima Diputación Provincial

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS DE CACERES

¿MÉRIDA CONTRA "EMÉRITA AUGUSTA"?

(Apostillas a un artículo de Posac Mon)

CON el asombro que produce lo insospechado y lo injusto conocemos, al leer en la revista literaria «ALCANTARA», un artículo firmado por Carlos F. Posac Mon, «la condena de oprobio», «el anatema de salvajes», «el estigma de vándalos»—y aun le parecen flojos los epítetos a Posac—que arrojaron olímpicamente sobre todo el pueblo de Mérida, sobre los 30.000 habitantes de Mérida, los señores reunidos en el II Congreso Nacional de Arqueología.

Dudamos de que la condena, si existió—hasta ahora, acaso por no agriar la cuestión, nada dijo el arqueólogo que asistió al Congreso, con «beca» del Excmo. Ayuntamiento de la Ciudad—estuviera concebida en los términos de acritud y dureza que le parecen débiles a Posac. Porque ciertamente, no es «propio de personas ecuanímes» intentar poner remedio a nada exacerbando los ánimos con insultos soeces. Pero, en fin, puesto que así lo afirma el articulista, démoslo por cierto. Y ya que es él quien da aires de publicidad, estado público, al asunto con su artículo, vamos a poner, sin ánimos de polémica—que no hemos provocado, pero que no rehuimos—unas apostillas a éste, para esclarecer el «delito de alta traición» de que se nos acusa. Porque el «delito» existe, un delito de lesa humanidad, sólo que a la inversa: un delito perpetrado contra el inerme pueblo de Mérida por quien sea, escudándose en la Arqueología. No quisiéramos perder la ecuanimidad nosotros, poniéndonos al nivel de Posac Mon. Confesamos que es difícil refrenar la pluma, cuando ésta se mueve a impulsos de la indignación provocada por la injusticia.

* * *

Digamos previamente que es preciso vivir de espaldas a la realidad, tener los ojos cegados «por el polvo de los siglos» para tildar de «salvaje»—«necio e inculto en grado sumo»—a una ciudad en la cual, sin remontarnos más atrás, solamente en el período que va de Febrero a Junio del corriente año han tenido lugar los siguientes actos de cultura: «Bodas de Oro» del «Liceo de Mérida»—la benemérita Sociedad que, en cincuenta años de existencia ha sabido ser hogar, cobijo e impulsora de todo movimiento científico, literario o artístico de Extremadura, por cuya tribuna prestigiosísima desfilaron, con cuantos extremeños destacaron en cualquier orden de la cultura, numerosas figuras de prestigio nacional—que dedicó una semana entera a las cosas del espíritu, con charlas sobre el pasado emeritense, conciertos de música polifónica a cargo de una agrupación